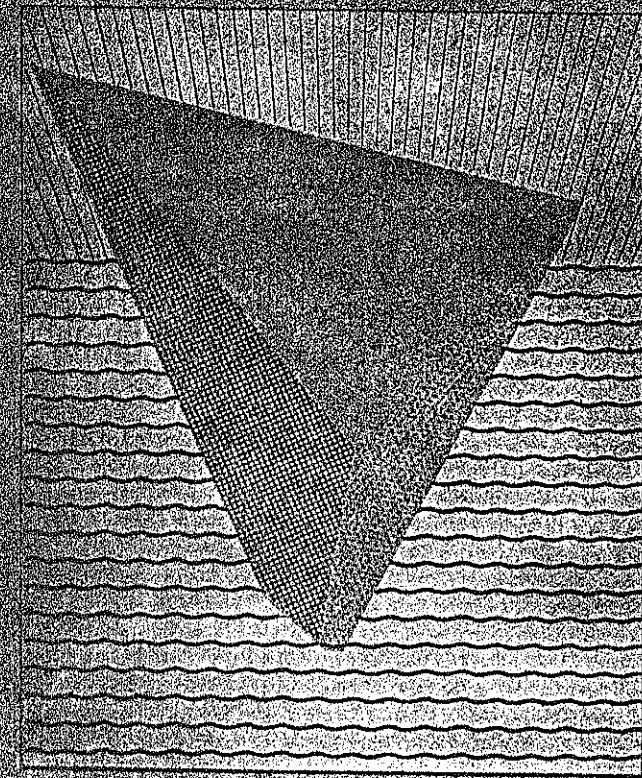


DONOSTIAKO UDAKO IV IKASTAROAK
IV CURSOS DE VERANO EN SAN SEBASTIAN

MUJER Y SOCIEDAD



SERVICIO EDITORIAL



ARGITABAREN ZERBITZUA

Portada: Ilustración. Eugenio Domínguez Egin

DISEÑO TRUPP

Depósito Legal: BI-923-86

Imprime: IMPRENTA BOAN, S.A.

Plaz. de Costa, 12-14 - 7º

48010-BILBAO

CIENCIA PARA LA VIDA, CIENCIA PARA LA LIBERTAD.

MARIA ANGELES DURAN.

CATEDRATICO DE SOCIOLOGIA.

Tal vez resulte sorprendente que unos "Debates sobre la situación de la mujer" se inicien con una reflexión sobre el papel de la ciencia, y es muy probable que para buena parte de las mujeres que hoy están aquí, la investigación científica resulte un tema muy lejano al de sus preocupaciones habituales¹. Sin embargo, he elegido este tema porque, querámoslo o no, nuestra sociedad es una sociedad que se define por su capacidad tecnológica, y porque la mayoría de nuestras actividades cotidianas (actividades de mujeres, o actividades de hombres), están mediatizadas por el desarrollo de la ciencia, por sus aplicaciones prácticas. No voy a repetir aquí una clase de la Universidad, ni convertir este debate en el recuerdo de una sesión de un congreso para investigadores, porque no es a eso a lo que hemos venido. Intentaré (y ojalá tenga la suerte de hacerlo bien), destacar solamente las líneas principales del argumento de la renovación de la ciencia, dejando en nota aparte la referencia a los libros o textos donde he expuesto estas ideas con mayor detalle (al que pueden remitirse quienes deseen continuar este Debate de hoy en contextos docentes o investigadores), así como una selección de fragmentos especialmente relevantes para esta reflexión.

Esta ciencia y tecnología que mediatiza nuestras vidas, que nos consume al mismo tiempo que la consumimos, es una ciencia que se construye cada día un poco, y que se sufraga con el esfuerzo de todos. Y ya que la ciencia nos mediatiza y ya que avanza gracias a que entre todos la sufragamos, no estará de más preguntarse si está al servicio de todos o nos deja de lado a las mujeres.

Voy a empezar por una reflexión sobre el papel que las mujeres han desempeñado en la construcción de ese conjunto de conocimientos que hoy llamamos ciencia. Obviamente, no caeré en la trampa de rebuscar afanosamente en la historia de cada disciplina o cada arte las migajas de descubrimientos que aquí o allá se atribuyeron a mujeres destacadas: más vale dar bueno que no ha habido apenas aportaciones personales de muje-

res en la música, las matemáticas, el arte, la geografía, la ingeniería, la medicina, la ciencia política, la filosofía, la teología o casi cualquier otro tipo de saber de la cultura de Occidente. Pero es que lo importante no es la reflexión, y preguntarse qué hacían las mujeres de los inventores y descubridores, de los artistas y los poetas, y para qué se utilizaba el conocimiento de unos y otras.

Pocas son las mujeres de mi generación y menos aún entre las más jóvenes, que acepten como explicación de esta ausencia la incapacidad intelectual de las propias mujeres. Incluso la mayoría de los hombres españoles de hoy aceptan que una mujer "puede" ser tan inteligente y tan culta como un hombre, cosa que durante cientos de años negaron la mayoría de sus antepasados. ¿Por qué entonces, hay tan pocas mujeres en la historia de la ciencia, que con dificultad podemos encontrar uno o dos nombres de los que quede memoria;

Fueron pocas, y de las pocas que fueron, muchas quedaron en el anonimato: no sólo en el anonimato como personas, sino en el anonimato como género. Probablemente la contribución de las mujeres fue decisiva para el avance de la alfarería, de la agricultura y de la cría de animales, poniendo los cimientos de la transición de formas de vida arcaicas a más desarrolladas, así como del vestido, la conservación de alimentos y la cura de enfermedades. Las mujeres fueron la Vida, como los hombres fueron la Guerra; por eso, de los tiempos más remotos de Hispania han quedado vestigios de los cultos a la Diosa Madre, a la "Señora de los animales" y son femeninas las maravillosas estatuas de la Dama de Baza o la Dama de Elche, restos probables del culto a la diosa alada, Astarté.

Sin embargo, en los dos mil años que alcanza la memoria documentada de nuestro país, la situación de la mujer ha sido de continuada subordinación: la herencia romana, la germánica y la árabe han configurado nuestras formas de organización social y nuestra cultura, sin excepciones notables por lo que a la subordinación de la mujer se refiere. Y las tres grandes religiones medievales, la cristiana, musulmana y judía también

demuestran su parentesco en la diferente valoración social de los hombres y las mujeres y en la reclusión de las mujeres a la esfera de lo hogareño, de lo privado.

En estas sociedades y culturas en las que están enterradas nuestras raíces, la producción de ciencia era prácticamente imposible para las mujeres, obligadas a dedicar su vida a otro tipo de quehaceres. Inevitablemente, la ciencia que produjeron los hombres fue una ciencia o un saber destinado a satisfacer sus propias necesidades, que sólo en parte eran las mismas que las de las mujeres. Basta recordar las peregrinas ideas sobre la mujer que mantuvo Aristóteles para comprender que la filosofía occidental nació ya sesgada: e inevitablemente este sesgo se prolongó durante dos mil años, a través de los filósofos griegos, árabes y renacentistas, llegando casi intacto hasta nuestros días. Y en consecuencia, también la biología heredó este sesgo.

La filosofía griega legó a la ciencia occidental uno de sus objetivos, todavía vigente: el interés por descubrir la esencia de las cosas, lo permanente debajo de lo mutable y accesorio. De esta búsqueda de las esencias, las totalidades, ha surgido la pretensión de definir lo esencial de la mujer, lo femenino por oposición a lo masculino o al hombre. No por los objetivos, pero sí por el sesgo de quienes se han dedicado a ello, el resultado ha sido desastroso para la mujer. Lo que no han sido más que "modos de estar en el mundo", o más aún "modos permitidos de estar en el mundo", se han convertido por obra y gracia del quehacer de generaciones de intelectuales míseros en definiciones de esencias, de totalidades, del ser de la mujer.

¿Qué sabemos, en realidad, de lo que pueden ser las mujeres? ¿Quién ha escrito, hasta ahora, de la esencia de la feminidad? ¿Quién ha legislado sobre su capacidad, sobre sus obligaciones o derechos? ¿Quién ha contado su historia? ¿Quién la ha interpretado desde el arte? ¿Quién ha dictaminado desde la teología o la moral lo que es bueno o malo para ella?

No las propias mujeres, desde luego. Por lo menos en todo lo que sabemos de nuestra historia escrita, fueron hombres quienes asumieron estos menesteres, y la ciencia, el arte, el derecho y la moral resultante reflejan la medida y los intereses de sus creadores.

De todos modos, no es una lamentación sobre el pasado lo que nos reúne en estos Debates: es el presente, y más aún el futuro lo que nos interesa. Si en el pasado estuvimos ausentes, ahora podemos asumir un papel activo en la construcción de nuestro propio futuro. Ni la ciencia, ni el arte, ni la filosofía, ni la ética de los años venideros pueden ser ajenas al hecho innegable de que las mujeres han iniciado una toma de conciencia de su condición subordinada, y que quieren cambiar esta situación inmemorial.

Hay condiciones suficientes para pensar que el cambio es posible. La edad media de vida de las mujeres españolas supera los setenta y cinco años, y el número medio de hijos por familia es 2,5. En las aulas hay ya un número igual de niñas que de niños, y la Constitución proclama la igualdad de hombres y mujeres ante la ley. Para entrar en la Universidad ya no tenemos que disfrazarnos con capa y chistera, como tuvo que hacer Concepción Arenal el siglo pasado y entre los estudiantes la proporción de mujeres llega a veces a superar a la de varones. Una etapa previa de lucha por conseguir estos mínimos derechos ya ha sido superada, y tenemos que agradecerse a las generaciones que nos antecedieron, a nuestras madres y abuelas que pelearon por ello.

Ahora, una nueva etapa en la relación con la ciencia se está iniciando. Puesto ya al alcance de la mayoría la educación elemental, y con proporciones crecientes en los puestos docentes e investigadores, hay que iniciar el re-planteamiento de los contenidos de la ciencia, de los planes de estudio y de los programas, de los textos y de los instrumentos auxiliares de la enseñanza.

Junto al disfraz exterior de Concepción Arenal, fácil de desenmascarar por su externidad, hemos vestido otro disfraz interno, más difícil de detectar y de eludir. Ha sido el ropaje de la colonización intelectual, de la enseñanza en temas selectivamente sesgados, cargados de implícitas valoraciones discriminatorias. Hemos aprendido Historia, sí; pero no sabemos nada de nuestra Historia. Estudiamos leyes, sí; pero no nos enseñan si las leyes se cumplen o si faltan las condiciones sociales para hacerlas efectivas. Sabemos economía, sí; pero es sólo la economía del dinero y el mercado, y la infraestructura económica prestada por los diez millones de amas de casa españolas sigue siendo tan desconocida en nuestros textos de economía como si de un fenómeno exótico o irrelevante se tratara. ¿Y qué sabemos del reparto del poder dentro de la familia, en las relaciones UNO-UNA? ¿O de las cotidianas intervenciones familiares para la atención a enfermos, niños o disminuidos, tan importantes para la salud de la población como el propio sistema institucional sanitario?

Si queremos salir de este mimetismo, si queremos contribuir a la creación de una ciencia o una cultura para todos, no podemos seguir calladas. Tendremos que definir las áreas de investigación que nos interesan, las lagunas que ahora nos ahogan, inventar nuevas técnicas de investigación que se ajusten a nuestros muy legítimos objetivos, hacer patentes nuestras preferencias y nuestros rechazos.

La igualdad ante la cultura no es la repetición de la cultura antigua, sino la posibilidad de engrandecerla aportando nuevas preocupaciones, nuevas ideas.

En cualquier caso, el cambio no va a ser fácil. A nuestra espalda tenemos dos mil años de ausencia de la cultura, casi mil años de ausencia de la Universidad, un aprendizaje que está todavía recién estrenado. Delante, un mundo y una ciencia en construcción, que todavía no tienen sus páginas escritas. En la vieja Grecia, los hombres notables podían dedicarse a la vi-

da del ágora, a la discusión y al conocimiento, porque otros se dedicaban a las tareas que sustentaban su vida. Esos "otros" seguimos siendo hoy "nosotras". Las mujeres en la España que se asoma al siglo XXI, siguen llevando sobre sus hombros, supuestamente frágiles, las largas jornadas de trabajo (doméstico o de doble jornada) que los hombres que trabajan asalariados olvidaron hace ya años. Frente a las 40 horas de la jornada legal, la jornada media semanal de las amas de casa supera con creces las ochenta, porque para ella el ciclo del tiempo no se detiene en los días rojos del calendario, en los festivos y las vacaciones.

No va a ser fácil, no. Introducir cambio en los centros productores de conocimiento es tarea arriesgada, que despertará suspicacias y temores, que inevitablemente amenazará intereses establecidos y sustraerá privilegios y clientelas. Hay que contar con ello: pero esto, a fin de cuentas, es común a cualquier movimiento, a cualquier colectivo que batalla contra la inercia.

Tampoco va a ser fácil hacerlo con una mano atada al hogar y la otra a los libros: a diferencia de los filósofos griegos, los monjes medievales o los científicos de nuestro siglo, nadie provee a la solución de nuestros problemas materiales cotidianos. Bien lo sabéis quienes dejasteis la escuela o la Universidad y no volvisteis a ella. Bien lo sabemos quienes asomamos cada día nuestra cabeza a los mundos antitéticos del hogar y la cultura.

Pero por algo estamos aquí. Porque creemos que es posible el cambio, y tenemos valor suficiente para intentarlo. En muchos lugares dispersos de la geografía española empiezan a surgir grupos de mujeres que tratan de pensarse a sí mismas de un modo más libre, menos aherrojado por sesgos tradicionales. Para los próximos años, estos esfuerzos aislados pueden converger en un amplio movimiento de renovación de la Universidad española, de la investigación y de la ciencia que se está creando y transmitiendo. También pueden desvanecerse, y quedar como el vago recuerdo desvaído de algunas mujeres visionarias, que creyeron en su capacidad para mejorar el mundo en que vivían.

Vosotras sois parte de ese mundo, de ese movimiento.

Vosotras sois parte de ese mundo, de ese movimiento.
Sois parte interesada. Vosotras tenéis ahora la palabra.

Nota 1. Este trabajo fue presentado en Debate sobre la situación de la Dona. Conselleria de Cultura Valencia 1984. Estas ideas han sido expuestas con mayor extensión en las publicaciones siguientes: Durán, M.A. (ed.). "Liberación y Utopía", Akal, Madrid, 1982. "Una ausencia de mil años: la mujer en la Universidad" en Durán (ed.). "La Mujer en el mundo contemporáneo". Universidad Autónoma de Madrid, 1981. "La investigación sobre la mujer en la Universidad española contemporánea", Ministerio de Cultura, 1982.